



**Actas de las Jornadas de Historia  
sobre el Descubrimiento de América  
Tomo V**

**Jornadas XV, XVI, XVII y XVIII — 2019, 2020, 2021 y 2022  
Casa Martín Alonso Pinzón — Palos de la Frontera**

# Palos de la Frontera en la obra de Daniel Vázquez Díaz

**Carmelo Romero Hernández**

**Alcalde de Palos de la Frontera**

Palos de la Frontera es historia, y como tal hay que defenderla, estudiarla, repasarla, expandirla, debatirla y, si es posible, concluirla en consenso. Por muy cíclica, juiciosa y tendenciosa que sean los flujos ideológicos de la historiografía y el pensamiento humano, como ciudadano y político responsable, no cejaré en ofrecer siempre ese estudio, esa divulgación y ese debate necesarios para que la historia nos enseñe a ser mejores de cara al futuro y, no lo dudo, para que la historia, cuando está llena de argumentos positivos, sea orgullo y señal de identidad de un pueblo. Olvidar no es historiar; olvidar, en todo caso, es hacer un mal, por prejuicio, arribismos y sectarismo beocios, a los ciudadanos.

Y hoy estamos aquí para conmemorar, para hacer causa de la Historia. Ortega y Gasset idealizaba que "¡ojalá que hubiese en España alguien con ansia de luchar!". Luchar por un mismo fundamento, sin heridas, sin revanchas. Luchar para mejorar, para construir. Luchar todos, sin individualidades ni enfrentamientos domésticos, sin pertenencias injustificadas; sin oportunismos ni tendencias de modas; luchar, como escribiera Ángel Ganivet, para que "cuando todos los españoles acepten, bien que sea por el sacrificio de sus convicciones teóricas, un estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo inmutable, y se pongan unánimes a trabajar en la obra que a todos interesa, entonces podrá decirse que ha empezado un nuevo período histórico".

Que nadie piense que vengo hoy aquí a aportar y menos sustituir a los profesionales que se dedican a la historiografía o al Arte. Esta jornada la hemos programado con investigadores de reconocida solvencia con un fin claro, potenciar la labor de un pintor, Daniel Vázquez Díaz, natural de Nerva, Huelva, que fue capaz de abrir puertas plomizas para respirar libertad y endulzó pensamientos opacos e intransigentes en una España conservadora y a menudo fanática y pertinaz. Con paso firme, correcto, decidido y convencido de su pensamiento, no enaltecíó, ni utilizó la demagogia o la floritura artística para llamar

la atención, sencillamente plasmó un ideario psicológico y estético de hombres y mujeres de su tiempo en el contexto de su paisaje y su país.

Con modestia y con la comprensión de los presentes, mi labor en esta jornada se encuentra en otro lugar, en ese lugar donde la Historia y el Arte, como otras tantas disciplinas, se den la mano para ser acción social y universal. Por esta razón, organizar y desarrollar este curso, dedicado a uno de los artistas más decisivos de la Historia del Arte del siglo XX en España, es para mí, repito, como alcalde y ciudadano, todo un honor, todo un orgullo. Las razones son fáciles. No olvidamos la historia, ponemos en valor lo que es nuestro y por nuestro de todos. Unimos universidad y ciudadanía, universidad y universalidad, de todos y de todo lugar, y creamos pensamiento y debate para que nadie desdeñe lo que jamás se puede postergar u omitir: la historia. Como diría mi admirado Miguel de Unamuno, retratar la historia de un país, de un paisaje y de un paisaje a través de la obra y el pensamiento de Daniel Vázquez Díaz en un escenario concreto: Palos de la Frontera.

Cuando el Ayuntamiento que presido decidió junto a la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA) formalizar esta jornada dedicada al pintor nervense con motivo de la conmemoración de los 90 años de la finalización de los frescos del monasterio de La Rábida, su conocido Poema del Descubrimiento, no dudé “en solicitar debidamente y con todo respeto” ampliar mis minutos de bienvenida como alcalde en “algunos más”. Unos minutos más donde reflexionar lo que para mí, como ciudadano de Huelva, significa los paisajes de Palos en la obra de Vázquez Díaz, es decir todos aquellos que merodean La Rábida, San Jorge y la infinitud marismeña del Tinto, a la postre un paisaje con alma que alimenta la composición y el pensamiento de su obra sobre la partida hacia el Nuevo Mundo, un canto pétreo y recogido de un hijo del tiempo que le tocó vivir.

Daniel Vázquez Díaz no fue un rupturista, un disruptivo como se diría hoy. En todo caso, como apuntara Moreno Villa, un eslabón, un unionista entre mundos brutalmente separados, y más, mucho más, en España. Fue el pincel con substancia de buril y gubia, el pintor de alma escultórica, el rescatador de espíritus, pleno de expresión realista y clásica, que retrató la España de su tiempo, como diría Cezanne, con “psicología coloreada, una filosofía del Hombre”, esa España que quería y empezaba a mirar y sentir a Europa sin relegar lo mejor, lo más constructivo, que regala cada día el pensamiento de sus hombres



«Las conferencias». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.



«La partida de las Naves». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

y mujeres; y cómo no el paisaje y el cielo, como diría Fernández Navarrete o Montesquieu, que los acogen, los abrazan y los esculpen. Y dejó en los muros del cenobio franciscano, no sin ante sumergirse en la esencia paisajística y paisana de Palos, una de sus grandes obras, uno de sus grandes pensamientos. Pero, sobre todo, dejó una icónica imagen, una imagen serena y pulcra, de lo que supuso las razones de partir hacia lo desconocido, desde las tierras de Huelva, desde Palos de la Frontera, hacia posibles nuevos mundos. Una imagen donde nunca jamás dijo tanto con tan pocos elementos constructivos, donde la hipotética línea recta se hizo volumen, cuerpo y luz. Una imagen histórica atada a un puñado de intrépidos hijos de Palos, como escribiera Joachim Gasquet sobre Cezanne, donde “el país había entrado dentro de ellos”, el paisaje era parte de ellos, el país y el paisaje y el paisanaje eran una misma cosa.

El Poema del Descubrimiento y los paisajes del entorno rabideño son un relato de intenciones de un hombre de su época. Su lenguaje es sobrio, cubierto de una estructura racional que nace del debate de los pensadores del 98. Una obra donde lo constructivo vence a lo narrativo. Hablamos de una arquitectura sin color, tenue, de mutismos, una arquitectura de valores humanos, pues no prevalece la acción, sino el silente canto que rememora secuencialmente la fe del hombre y no el ansia del conquistador. No hay epopeya, no hay romanticismo, no hay barroquismos, no hay sangre, no hay dolor, no hay acentos grandilocuentes, no hay anécdotas vencedoras, clamor, triunfo de una fe y de un pueblo, no hay vencidos, ni vencedores, menos alardes supremacistas nacidos del fascismo que empieza a consolidarse en este periodo crucial de la Historia de Europa. Todo el lenguaje, toda la estética, toda la composición, todo el método constructivo se funden en la desnudez, medida, sobriedad y modestia del edificio y de la idiosincrasia de los hombres y mujeres de Palos de la Frontera. Pocas veces una composición pictórica se adaptó tanto y tan fielmente al espacio. Todo es reflexión. Todo es un desleimiento estético de la modernidad “de la vuelta al orden que transita por la década de los años 20” en Europa empapado del mejor clasicismo de la pintura del siglo de Oro español. En forma rotunda y en espíritu místico.

Pero para llegar a esta armonía, el pintor nervense pulió y ensalzó etapas hasta encontrar lo que buscaba. Buceando en la evolución de Daniel Vázquez Díaz, ésta detiene, nada mejor que este verbo, cinco periodos esenciales. De esos cinco, Palos de la Frontera está presente, bajo mi modesto entender, en

uno de ellos de manera latente. Y está presente porque se ciñó a la perfección, durante ese año de estancia en esta tierra, con los hombres y las mujeres que dan vida a este singular paisaje. Y lo hizo sin alterar ni un tramo el espíritu de su gente, ni de su evolucionada y desarrollada obra. Son ellos, paisajes y paisajeros. Tal cual. Están ahí. Están ahí sin alterar el más puro Vázquez Díaz que ya maduro, ya consolidado, llega a estas tierras. Antes, dos décadas antes, fueron los levantinos Sorolla y Murillo Ramos quienes descubren Palos y La Rábida. Pero ellos, aunque señalaron la huella donde caminar Pedro Gómez, el patriarca del paisajismo de Huelva, vinieron solo en búsqueda de paisaje a través de su paisaje, no del paisaje de Huelva y Palos a través de su gente. Sin embargo, Vázquez Díaz vio algo más que paisaje. Y no porque fuera nacido en Nerva, lugar de y en Huelva. A través de su naturaleza equilibrada y reflexiva cosió un paisaje de silencios, de líneas constructivas, volumétricas, nunca sometida al color del Sur; sólo luz, luz del Sur, luz de Huelva, la luz particular del sur atlántico de estas tierras, y, lo más importante, un paisaje con el alma, sentido juarramoniano, del hombre dentro. Pues toda la obra que compone en ese año de estancia rabideña, que 90 años más tarde conmemoramos, son trozos con vida para dar cuerpo final a su gran obra del cenobio franciscano.

Sin lecciones ni entretenimiento, cito en brevedad esos periodos evolutivos que nos llevan a Vázquez Díaz en Palos.

1. Años de aprendizaje y permeabilidad de contenidos estéticos, plásticos y humanos (1897-1910). Del costumbrismo (extremeño y sevillano), impresiones *airelibristas* de los paisajistas hispalenses de finales del siglo XIX y, en esta rica tierra sevillana, el contacto directo con pintores de otros lugares que comienzan a licuar modernidad y tradición, como Zuloaga, Canals e Iturrino, a los que conoce en sus años de mocedad en la capital del Guadalquivir. Sin olvidar, que en Sevilla se arma por ciclogénesis explosiva un exquisito y profundo barroco contenido, preñado de clasicismo, donde la naturalidad, en muchos aspectos, se detiene en proporciones cúbicas, volumétricas. Zurbarán no es un ejemplo, es una guía eidética. Sin olvidar que el País Vasco, tierra de la que se enamora en estos años señalados, le confiere a Vázquez Díaz la luz tenue que se hace color volumétrico, la piedra que se impregna de silencios profundos y el destino, una puerta de síntesis vivenciales y estéticas, que se hace compromiso en París. Un español europeo. Un europeo con alma y sentir de España. Un ciudadano abierto que no desdeña la vanguardia, sino que cabalga con



Detalle del fresco «Heroicos hijos de Palos y Moguer». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

ella a través de la mejor tradición de su país. Aprende, suma, vive, dialoga, selecciona, funde y alecciona sin pasar facturas.

2. Años de aproximación y conciliación (1910-1918) a una idea estética y a una España que no olvida. Este periodo es de afirmación, de conjunción, de orden, disciplina. El orden es sello de identidad. El orden es determinar hasta dónde asume la vanguardia. París es modernidad; España, austeridad, camino, ascetismo, conservadurismo con imperiosa necesidad de cambio para no morir en las fauces de la irreflexión y la involución. París es Cezanne, Bourdelle, Picasso protocubista, monumentalidad, solidez, volumetría, construcción y mezcla al servicio de la raíz española clásica, reflexiva y, a su vez, protectora, liberadora y rupturista. París es también embajada de España, y em-

bajada, por sus contactos con los círculos intelectuales latinoamericanos, a lo que no pudo ser: un Vázquez Díaz en México. En definitiva, París es el orden del Orden, es la historia de mil posibilidades dentro del presente y de la razón social. París fue la academia de la razón evolutiva frente a tanta estupidez irreflexiva.

3. Años de Fusión o Aclimatación a España (1918-1925). Años de cocina, años de fuego lento. Años donde, pese a los ataques indiscriminados y sin criterios lógicos, Vázquez Díaz se hace Vázquez Díaz, donde Vázquez Díaz se adueña del crédito de “el maestro”. Son los años del regreso definitivo a una España que jamás tentó la suerte de dejar sus prejuicios y su falta de innovación. Introduce sin daños, a tiempos pausado, fusionando la vanguardia menos rupturista, unas ideas que no desgarraban, sino sumaban; una vanguardia armada de un lenguaje nuevo provisto de todo lo que arrastra la Historia del Arte de y en

España. Desde estos primeros años, su discurso fue decisivo para las nuevas generaciones. Moderniza en España un discurso sempiterno, de esencias, ni anecdótico ni tradicional, y eterniza, moderadamente, con sobriedad, la modernidad imperante en Europa. Parafraseando al crítico Espina, toma dominador el vocabulario de siempre con la apuesta de modernidad de Europa. Hace de Cezanne más Zurbarán pero, también, más El Greco. Volumen y espíritu.

4. Años de Madurez (1925-1936). Años donde culmina los frescos de La Rábida, su gran apuesta, ese relato testamentario donde se resume pensamiento y estética. Años donde Vázquez Díaz participa con los ultraístas y con los ibéricos, años donde decide culminar, no detener, ese pensamiento y esa obra. La Rábida y Palos de la Frontera decretan la cumbre de este periodo.

O, lo que es lo mismo, la cumbre de su evolución y de su impecable magisterio. Aquí, en La Rábida, la quietud se hace piedra humanizada; aquí el hombre se hace paisaje y el paisaje pensamiento.

5. Años de Academia, Excelencia y Transmisión (1936-1969). Podríamos decir que en Palos asió el cielo. Y la tierra. Y los unió. Es una larga etapa de revisión constante de procesos estudiados. Larga etapa donde las sospechas de moderno y europeizante aún le señalan. Estigma de cancerberos ciegos e inquisidores. Qué gran estupidez la de los etiquetadores, la de los fisgonos impotentes. Y Vázquez Díaz los soportó durante toda su vida, desde la monarquía de Alfonso XIII hasta la dictadura del general Franco. Dalí, a comienzo de la década de los veinte, como muchos miembros de El Paso, en los años cincuenta y sesenta, supieron defender la voz de Vázquez Díaz ante tanta estulticia.



Detalle del fresco los «Heroicos hijos de Palos y Moguer». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

En estos años, su obra se resiente ya en los registros, pero sigue siendo el gran maestro, el maestro que trajo de París el aire de juventud y libertad que España necesitaba y el arrojo, la valentía y el descaro inteligente, desde España, dentro de España, para exponer que en los clásicos españoles del tardo-gótico, renacimiento y del mesurado barroco, sobre todo el andaluz, se encontraba una hermosa lección de modernidad, se encontraba la luz que desplegó de par en par Paul Cezanne. En toda su obra se peca a menudo de monotonía, de rigidez, de pesadumbre pétrea y continencia gestual, pero toda ella, como él dijera, se le ilumina como "la única sonrisa de la vida". Esa sonrisa y esa vida atravesaron España durante setenta años. No quiero pecar de exageración, buena parte de todo ese tiempo, a menudo tiempo Vázquez Díaz, es imposible de obviar. Daniel Vázquez Díaz, para la España que vivió, para la España dentro de España, fue un caudal de novedad, un aire fresco lejos de contaminaciones académicas y oficiales.

Para mí, Vázquez Díaz es un artista de su tiempo y para su tiempo. Un artista que jamás olvida España. Un pintor que jamás se doblega a un paisaje, hace de su paisaje, España dentro de España, el paisaje de sus hombres. Es un pintor de silencios reflexivos con un compromiso de espíritu de reprobación, de preocupación vital y espacial. Busca la realidad física y metafísica del país (paisajes y paisanaje), no busca, como hemos señalado, posturas libertadoras. Sí la preocupación del país, del paisanaje y del paisaje. Sí solucionar los pecados inveterados que condenan la innovación, adormecen el progreso y ensancha la depresión. Como Zuloaga, quiere "poner de relieve el carácter de las cosas y su psicología". La tradición y la modernidad como esencias no como anécdotas ni falsas modas pasajeras.

Todo ello lo plasma, y lo culmina, en Palos y convierte a Palos en un paisaje de sus paisajes, un resumen vital y estético, una lección histórica y humana. Son paisajes con pensamientos de periferias, paisaje de emociones, contenidas siempre, si acudimos a la fuente de Azorín. La ausencia relativa, desde su primera juventud en la provincia, no conmuta considerar a Vázquez Díaz como un artista más de Huelva que hace posible que a comienzo de siglo se dé una incipiente y modesta unidad de intenciones plásticas y literarias. Ureña Portero matiza que su vinculación con esta tierra es menos real que con Madrid, ciudad donde reside desde su regreso a España en 1918, y no digamos del País Vasco. Pero retomando la reflexión de Fernández Navarrete, el impulso de una obra y una personalidad se establece en la mismidad de un paisaje, de un cielo y una



Detalle del fresco los «Heroicos hijos de Palos y Moguer».  
Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

tierra, que se pisa, palpa y respira, razones que confieren caracterización y determinismo. Madrid (la sierra de Guadarrama) y el País Vasco son dos estados perceptivos. Sin duda imprescindible el que se abre en Fuenterrabía. Pero las tierras de Huelva (de la cuenca minera de su Nerva natal a La Rábida y Palos) protegen y valorizan toda su obra. No es un burdo o simple compromiso de estancia eventual. No es un paisaje más. Reitero, es la síntesis, la simplicidad de líneas y cuerpos, no sencillez, a todo su ideario estético. Todo el paisaje, como el pensamiento de Vázquez Díaz, se hace más suyo cuando se comunica en Palos con su paisaje y con su gente. En todo el año del "Poema del descubrimiento", en toda su conformación, todos los paisajes palermos se hacen en puridad Vázquez Díaz, cristalizados, bajo el pensamiento de Ángel Ganivet, de misticismo cristiano, individualismo y senequismo. Vázquez Díaz en toda su esencia, en todo su esplendor intelectual y sensitivo.

Y esos valores se modulan en virtud del enriquecimiento vital y escrutador del artista. Aunque parezca que todo su paisaje es uno, apreciamos una evolu-

ción latente aunque todos se concreten y maduren en estas tierras de Huelva que conforman los lugares colombinos. Si me permiten, viajemos a través de ellos:

**Nerva** es la cuna, es el cielo y es la tierra. La tierra y el cielo son las que le obligan a esa paleta pobre, llena de grises, azules y verdes mortecinos, y a esa silenciosa obediencia a las estructuras geométricas, volúmenes cortados, aristas afiladas de mina. **Sevilla** no es color ni luz, alegría y narcisismo, no es literatura romántica. Es conocimiento, es comunión, es armonía y clasicismo; es Zurbarán y Roelas, es desnudez de iglesias mudéjares, es la paz de interior de un convento que desobedece el jolgorio narrativo de la estampa prefabricada. El **País Vasco**, qué sería de Vázquez Díaz sin esa parada en el País Vasco antes de acudir a París, es el compendio del pensamiento y del paisaje rescatado del 98. Quizá sin esta fusión con esta tierra que tanto dista de su Andalucía natal, Vázquez Díaz hubiera sido otro Vázquez Díaz. Similar, sí, pero otro Vázquez Díaz. Fue tan vasco que hizo más particular a la pintura de esas tierras; y fue tan vasco que se hizo más palermo. **París** no es un paisaje, es una filiación de conocimientos. París es Cezanne, un Cezanne que naturaliza a Zurbarán o El Greco. Un Cezanne que se hace protocubista con Picasso. Un Cezanne sintético, concreto, ascético y mínimo en la expresión. Un Cezanne, en palabras del propio Vázquez Díaz, que se le presenta ‘revelador’ y que se enamora de “esa pintura batida a golpe de hacha, expresión oída muchas veces al maestro Bourdelle, que tanto me impresionara”. **La Rábida y Palos** es una reivindicación que se hace paisaje magno. Es... todo Vázquez Díaz, el más analítico y sintético. El más Vázquez Díaz. Reitero, pensamiento y paisaje. La Rábida es el Vázquez Díaz más humano, más comunicativo, pero también el más profundamente reivindicativo de una pintura española capaz de ser clásica sin dejar de ser moderna. Y **Guadarrama** es piedra, tangible, perceptible. Es un País Vasco de grises y verdes apagados, húmedos y cristalinos, tapizado de una piedra humanizada, y es un instante casi memorístico de candor andaluz, de Palos y de sus tierras adyacentes, sencillo y misterioso, silente y revelado, que no puede olvidar, pues es parte de su genética sensitiva, por mucho que conozca y sienta otros paisajes.

Los paisajes de Palos y La Rábida se ofrecen como una necesidad espiritual y vital cuando Vázquez Díaz comporta un lenguaje pictórico maduro. Probablemente, antes hubiese sido imposible. Como hemos apuntado, la visión de este paisaje no es nueva en el artista nervense. Pero, lo que sí es cierto, como



Detalle del fresco «Las conferencias». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

en ningún otro paisaje, toda la voluntad regeneracionista se detiene sobre estos instantes rabideños. Es, para Huelva, una nueva visión del paisaje de la desembocadura de sus dos ríos que tan solo es capaz de seguir, y con atrevimiento y discusión al maestro, Manuel Moreno Díaz, probablemente uno de sus discípulos más vazquezdianos. Jamás se aproximó Pepe Caballero, lo intentó el dubitativo Martínez Coto y pellizó el siempre succionador de emociones Orduña Castellano.

Vázquez Díaz no se deja seducir por el pretendido airelibrismo de corte sorrollesco de los pintores locales. Demasiado cargado de color y pinceladas menudas. Él castiga a la fugacidad del tiempo y a la alacridad de la atmósfera componer instantes atemporales, de sencillas y contundentes líneas volumétricas. Resume, comprime, minimiza las formas.

No quiero pecar de apropiación, ni de chovinismo. Todo lo contrario. Pero en estos pagos Vázquez Díaz no sería tan rabideño sino fuera tan vasco y no sería tan vasco sino fuera tan eminente zurbaranesco, minero, español de todas sus tierras y probo, recto y disciplinado en su vida y en su obra. El mismo pintor manifiesta que en su obra total sólo hay dos paisajes. Uno al norte, los del País Vasco. Y otro al sur, los de La Rábida y Palos de la Frontera. Tan distintos y tan atraídos en la diversidad. Tan distintos y tan sintetizado en una misma forma de amar el paisaje humanizado en la humanidad del paisaje. Entre los dos prevalece un mismo espíritu como escribiera otro hijo amante de Huelva, Adriano del Valle: "se dijera que la retina de Daniel Vázquez Díaz había adoptado su poder visual a las luces perladas del paisaje vasco, estos paisajes de Fuenterrabía, estas plateadas orillas del Bidasoa constituirían la mejor prueba documental de semejante afirmación crítica". Pero... un matiz. La Rábida y Palos son instantes vascuences, melancolías construidas de nostalgias nunca doloridas, conjunto armonioso, sin diásporas cromáticas, de sonidos austeros. En ambos se exhalan un idealismo contenido y profundo que no sólo se ha de cubrir con la apariencia de una visión, sino con la honda emoción de un pensamiento que se hace volumen y silencios entre las agrestes realidades de España.

En los paisajes de Palos encontramos al Vázquez Díaz maduro, aquél que es responsable de perpetuar, con esa postura pétrea de su particular cubismo, "adorando la piedra si es enriquecida de un temblor humano", un arte propio, impenetrable, combativo a su modo, incuestionable, no venal, percutor y europeizante frente a tanta estampa trasnochada de pintura regionalista. Un pai-



Detalle del fresco «La partida de las Naves». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

saje, en palabras suyas celebrando sus encuentros con Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, que “se aparta muchas veces en soledad para vivir el silencio y la emoción de aquella luz, la transparencia de aquellos cielos atlánticos tan cantados en los versos de su Moguer: ‘Soledad sonora’; los malvas y oros de las tierras donde trotara Platero”.

Desde estos momentos de madurez palerma, su estética se convierte, como reflexionara Espina, "una de las más interesantes de nuestra pintura contemporánea, obedece al principio de constructividad corpóreamente geométrica –geometrista–, cuya teorética podría formularse así: reducción de todos los elementos del color y de la forma a una fijación prismática de valores puros. Esta definición no es caprichosa. Contiene los términos indispensables de un gran vocabulario expresionista. El vocabulario de siempre y el de Vázquez Díaz”.

Palos y las pinturas en el cenobio de La Rábida suponen la síntesis de toda una elaboración estética que, probablemente, empieza a despertar en "Los baños de María Molina de Sevilla", hacia 1902, "La muerte del torero" (de 1912), "El silencio del Cartujo" (de 1917), "La fábrica dormida" (de 1920) y "Los



Detalle del fresco los «Heroicos hijos de Palos y Moguer». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

músicos ciegos" (1921). Todas estas obras sintetizan más de dos décadas de evolución, concretan el ideario estético y humano del artista onubense y que se manifiesta con autoridad e independencia plástica en las estancias del monasterio de La Rábida. El compendio se revela en esa sencilla disposición estructural, humilde y armoniosa, síntesis de la tradición clásica de Nuno Goçaves (el padre de la pintura española lo denominó Eugeni D'Ors), Zurbarán (cargado de su primoroso goticismo, que dijera el crítico Juan de la Encina) y El Greco con los ecos parisinos de Cezanne y el primer cubismo que brota en Horta del Ebro de la mano de Pablo Picasso. Tergiversando a Benjamín Palencia, el paisaje de La Rábida enlaza un viaje en bucle a la persona y al paisaje, pues "más que personas humanas, son volúmenes, formas o masas crea-

das para construir una arquitectura", más que paisajes, "concepto interior de estética eminentemente plástica".

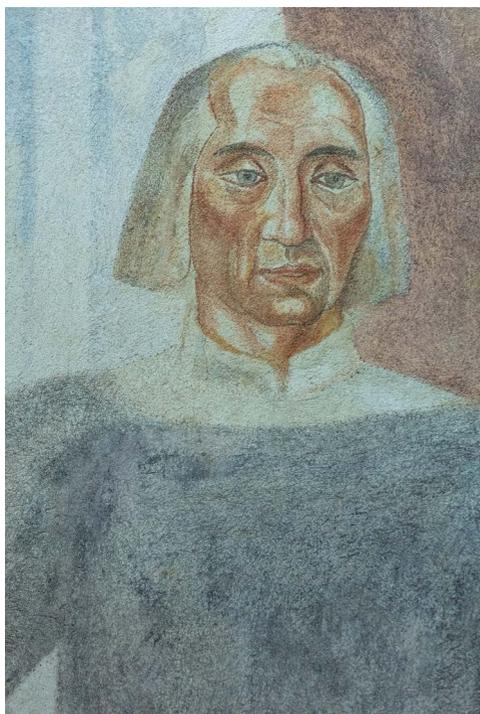
El Vázquez Díaz de La Rábida es el poderoso pintor que hace más que suyo ese retorno al orden que madura en Europa en la segunda década del siglo XX. Vázquez Díaz eterniza en Palos el creyente cuerpo volumétrico trazado, aquél que se instituye en la arquitectura y en la geometría, desterrando la atmósfera superflua, aquél, como dijera Camón Aznar del gran Picasso, "que había sido siempre el cuenco de las formas, que con ella se protegían y por cuyas ondas llegaban hasta nuestra sensibilidad". El alma castellana, de profunda mística, y la sensibilidad andaluza, donde en Huelva se tiñe de silencio tanto andevaleño y extremeño como de saudade portuguesa, se unen en un precepto de armonía en este período de madurez. Paradójicamente, como en Zurbarán y la pintura

española tardo-gótica, renacentista y buena parte barroca, Vázquez Díaz compagina, como dice De la Encina, "la impetuosidad, unida a su contraria: la delicadeza".

Todo lo que alcanzo, tras esta reflexión, es que el paisaje de Vázquez Díaz en La Rábida y Palos de la Frontera no es fruto de la eventualidad del Poema del Descubrimiento. Es la razón de una vivencia y de una querencia. Todo onubense porta el pellizco sensitivo de este lugar rabideño que siempre mira a la mar atlántica buscando nuevos horizontes. Vázquez Díaz, no fue menos. El nerverse confesaba a Francisco Garfias que "mi padre, siendo yo niño, me llevaba a Huelva y al pasar por San Juan del Puerto me señalaba la curva del río Tinto y el alcor rabideño frente a la ría. Moguer, Palos y La Rábida

se destacaban en el horizonte. Allí –me decía– nació la locura de descubrir un mundo. Una divina locura, claro. Mi padre no era un hombre culto, pero sí intuitivo y en la provincia de Huelva todo el mundo sabía la historia de Colón, de un Colón caminante que pide posada a los monjes franciscanos de La Rábida". Y con la justa, paciente y sensible hipérbole del andaluz, comentó años antes a José María Bayona que cuando "yo tenía once años, empecé a soñar con la gloriosa gesta. Sin exagerar, puedo decir que crecí preparándome para ser capaz un día de narrar con colores los hechos más salientes del Descubrimiento". Guiños a la oportunidad, a la ayuda estatal para culminar la obra, la narración no deja de ser real y consecuente.

Y llegado aquí, no quiero dejar de plantear una posibilidad que tan acertadamente planteó Jesús Velasco en su estudio *El orden pictórico* de Vázquez Díaz. ¿Qué hubiera pasado si José Vasconcelos, prohombre de la educación y



Detalle del fresco «Las conferencias». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

la acción social en el México revolucionario, hubiera dado el visto bueno a la petición del poeta Alfonso Reyes, avalado también por el escultor Fernández Urbina, para que Vázquez Díaz “hubiera ido a México con puesto fijo” como profesor de Bellas Artes? ¿Cómo hubiera visto y plasmado estas tierras de Palos de la Frontera que él, según su voz, desde pequeño añoraba pintar, desde la perspectiva del México revolucionario?

Me es muy fácil, y pretencioso a la vez, decir que Palos es puente de dos mundos, orilla de encuentros entre civilizaciones, partida de una comunicación de pueblos, lugar de diálogos y conmemoraciones. No quiero caer en ello. Pero sí, en brevedad, elucubrar cómo hubiera plasmado Vázquez Díaz estas tierras colombinas desde la otra orilla, al servicio de un México que en la década de los años 20 del siglo pasado realiza no solo una revolución social sino también cultural que encuentra en el muralismo una pantalla informativa de propaganda ‘de cultura virginal’ impresionante.

Entre el muralista Vázquez Díaz de La Rábida (1929-1930) y el muralismo mexicano (a partir de 1910, año en que se conmemora el centenario de la Independencia del país) hay todo un universo de desencuentros, tanto intelectuales como plásticos. Los muralistas mexicanos conllevan y arrastran una disputa reclamada en una clara función política y social, nacionalista y popular, identitaria y revolucionaria. Vázquez Díaz, al contrario, no atesora ningún arma propagandística. Su única aceleración es la lucha por sentar nuevo preceptos estéticos, pero en ningún momento asoma en él ni en su obra epopeyas patrióticas, étnicas, religiosas, nacionalistas, triunfalistas ni triunfadoras. La pintura de Daniel Vázquez Díaz es una pintura estática; la de los muralistas mexicanos eminentemente dinámica, dramática. Tan solo encontramos interesantes paralelismos en algunas elucidaciones al recuerdo parisino de Diego Rivera y plasmados en su estancia en España.

Dentro de la especulación, ¿Vázquez Díaz hubiera sido distinto, conceptual e ideológicamente? ¿El paisaje sería otro paisaje, así como el país y el paisanaje? Buscar en la negociación literaria enriquece, pero a menudo perturba, hasta confunde. Y como no quiero suponer, como alcalde y palermo, que 1) la obra el Poema del Descubrimiento no se hubiera llevado a cabo en La Rábida y 2) que se hubiera realizado sin testar la emoción de Palos, su gente y sus paisajes..., prefiero quedarme con el final de la misiva de Reyes: “piénsalo, estudia si es oportuno el momento”. No hubo oportunidad, no hubo momento Vázquez Díaz en México.



Detalle del fresco «Las conferencias». Daniel Vázquez Díaz. Monasterio de La Rábida.

Es muy complicado que Vázquez Díaz hubiera radicalizado sus propuestas al entrar en una posible negociación revolucionaria, que viera a España y su historia de manera distinta, que virase tanto su pensamiento noventayochista, que su paisaje tuviera otra alma, otro espíritu, otro volumen, otro cantar. Es muy difícil que el paisaje de La Rábida y Palos se hubieran desnudado de la sencillez infinita de sus líneas volumétricas para embarcarse en un barroquismo hiper-expresivos, henchido de formas y colores plenos de indigenismos. Guiñando a Juan Ramón, La Rábida y Palos son como son... y que no la toquen. No se inventa. Se vive. En su desnudez triunfa la belleza sencilla; en su sencillez, el valor de sus hombres y sus mujeres, todo belleza.

Perdimos esa posibilidad, y las posibilidades son nuevos libros a escribir, a historiar, pero nos quedamos con el mejor Vázquez Díaz en el lugar donde mejor debía interpretar el día y la circunstancia de la Partida: en Palos de la Frontera, con su paisaje, con sus hijos. Con España, en su virtud y en sus veleidades, dentro. En su destino.

Hace 90 años Vázquez Díaz finalizó su Poema del Descubrimiento. Hace 51 años Vázquez Díaz nos dejó para siempre. Espero que Palos, con Nerva de la mano, deje de creer que la obra Vázquez Díaz genere dudas y controversias en el plano plástico, estético e ideológico, pues la consideramos hija de su tiempo, un tiempo que fue capaz de domeñar con la rotundidad de un escultor que modela un mundo nuevo pictórico, un nuevo orden, en una España donde lo más novedoso era pintar zagalas ricamente ataviadas. Vázquez Díaz nos enseñó que Europa, unida a España, es un tiempo de presente continuo.

Quien dude de todo ello no es capaz de ver cómo artistas innovadores en cuatro décadas de vigilancia permanente estatal y académica dieron claro testimonio de que sin Vázquez Díaz la pintura en España hubiera perdido al gran maestro que fue. Dalí, Juan Gris, Díaz Caneja, Alvaro Delgado, Isaías Díaz, Morales, Pepe Caballero, Canogar, Botí, Ibarrola, Cobo Barquera, Ferreras, Cristino de Vera, Clavo, Juana Francés... sentían, como expuso José Guerrero, que "habría de ser Vázquez Díaz el único profesor que (...) le sirvió de verdad, el primero en darle un consejo".

Hoy conmemoramos el noventa aniversario de la finalización del Poema. Tan sólo nos quedan diez más para seguir trabajando por el centenario de este grandísimo intérprete de la España de su tiempo: Daniel Vázquez Díaz, un onubense de España, un español de Europa.